

Ética Cristiana y Educación Reformada

Por Rev. C. Stam

Texto copiado con permiso de *El Clarín*, finales de 1985, Volumen 35, No. 1 (1985-86)
Discurso presentado a la Convención Canadiense de Maestros Reformados, en Burlington, Ontario, el Viernes 18 de Octubre de 1985.

Me han solicitado que me dirija hoy a ustedes con respecto a una pregunta que más o menos les ha asediado estos últimos meses, a saber, la relación entre la ética Cristiana y la educación Reformada. La formulo de esta manera para entender y abarcar mejor el material por mi propia cuenta. La pregunta es de gran interés debido a la conducta obviamente anti-Cristiana de algunos (¿la mayoría?) de nuestros jóvenes. La pregunta fue específicamente formulada por uno de ustedes de la siguiente manera, “Después de recibir tanta educación Reformada, ¿por qué todavía vemos tanta conducta anti-Cristiana? ¿Por qué los estudiantes no han interiorizado este comportamiento Cristiano?” Ya en esa pregunta se ha asimilado la formulación de Nicholas Wolterstorff – el tema ciertamente es uno relacionado con la interiorización.¹

Dije que la pregunta les había más o menos acosado. Algunos de ustedes han expresado una gran preocupación en este asunto, llegando casi al pánico total. Otros han minimizado el asunto, viendo esta conducta como un curso bastante común de eventos en el proceso de crecer. Mientras tanto, en varios artículos el análisis inevitable ha comenzado bajo el encabezado general de “¿Dónde nos equivocamos?” Entonces se asume que en verdad nos equivocamos, en algún punto, de alguna manera. Y si solo pudiéramos poner nuestro dedo en la llaga, quizás el problema podría ser corregido.

Con todo el debido respeto a aquellos que intentan estudiar este problema, cuando ahora vemos los varios análisis dados de la situación (¿dónde nos equivocamos?), encontramos que se dan una cantidad de buenos estándares, respuestas que ya nos han hecho un buen servicio en ocasiones previas de reflexión y evaluación.

Usted podría echarle la culpa de los actuales males de nuestros jóvenes al triste estado moral de nuestra sociedad presente. En una sociedad como en la que vivimos, con muy poca verdadera moralidad o con una moralidad sumamente holgada, ¿cómo no podrían ser afectados nuestros jóvenes? ¿Es quizá debido a nuestra sociedad tan desordenada que los jóvenes generalmente se muestran tan faltos de compromiso? J. Van Bodegom ha escrito en el Boletín Escolar de Dufferin sobre el “principio de gota a gota” que también toca a nuestra juventud.² La sociedad se ha puesto a nuestra altura, o, usted podría decir, nosotros nos hemos puesto a la altura de la sociedad. Van Bodegom admite que esto no explica totalmente el problema, pero sí hace que el problema se destaque. En verdad el mundo se nos está “enfrentando,” y los jóvenes tienen sus propias preguntas modernas que nosotros como educadores y gente con posiciones quizá no hayamos entendido plenamente o no hayamos abordado de manera correcta. Puede que nuestras respuestas no se ajusten a las preguntas reales.

Otros han puesto el dedo en el entorno del hogar y en la falla de los padres de criar adecuadamente a sus hijos en la piedad. P. H. Torenvliet ha escrito, “Muchos hogares Reformados están desorientados.”³ Los padres no pueden tratar con sus propios hijos, mientras

1 Discurso, P. H. Torenvliet, *La Educación Reformada y sus Objetivos*, (mimeografiado) p. 1.

2 *Boletín Escolar*, Sociedad Escolar Reformada Canadiense del Área de Dufferin Inc., 30 de Mayo, 1985, p. 4ss.

3 Discurso, P. H. Torenvliet, *Metas y Objetivos en la Educación Reformada y las Consecuencias para las*

que los medios seculares de comunicación y la cultura del rock destruyen el hogar. Parece que muchos padres han abandonado su responsabilidad paterna en las manos de los maestros, quienes, mientras tanto, están teniendo sus propios problemas. J. M. vander Meer en *El Clarín* también señala, entre otras cosas, en dirección de los padres, y siente que los padres fallan al no ejemplificar la fe que está siendo enseñada.⁴ Extiende esto a toda la comunión de los santos y habla de “el resultado de un fracaso de todos nosotros como comunidad de santos de ejemplificar efectivamente un estilo Cristiano de vida.” Se nos dice que miremos al problema “en el contexto más amplio del clima espiritual en nuestras iglesias.”

La Dra. F. G. Oosterhoff ha expresado, en su opinión, que quizá nuestra doctrina es demasiado parcializada, y que se debería poner más énfasis en la necesidad de conversión de nuestra juventud.⁵ ¿Presumimos aún demasiado cuando abordamos a nuestros hijos como si todos fuesen nacidos de nuevo? La doctrina de la “regeneración supuesta” puede estar oficialmente fuera de la puerta de nuestras iglesias, ¿pero no ha entrado sigilosamente para matar a sus miles?⁶ Quizá en reacción a esto P. H. Torenvliet ha escrito, “... nuestro punto de partida debe ser pactal, en el sentido de que debemos aceptar que estos niños son Suyos y como tales ya son convertidos.”⁷ (énfasis mío, Cl. S.) Haré algunos comentarios sobre este punto más tarde.

Mientras tanto hemos vuelto al punto de partida. La sociedad, el hogar y la iglesia son todos señalados por la aparente falta de un estilo Cristiano de vida en los jóvenes. ¿Y quién puede negar que aquí, en verdad, se encuentran causas importantes de la indiferencia actual de nuestros jóvenes? Al mismo tiempo debiésemos reconocer que tales causas también fueron señaladas en tiempos anteriores. En 1940, el Prof. B. Holwerda escribió acerca del colapso de la familia (el ausentismo del padre, también debida a la movilización) y añadió, “Un sentimiento de cansancio e incertidumbre una vez más capturarán a muchos, con los síntomas típicos de, por un lado, el sincretismo y el relativismo, y por el otro, el agnosticismo. Por un lado, ya no sé, no conozco, de allí la indiferencia; por el otro, el temor a la vida que conduce a la gente a todo tipo de tendencias enfermizas y heréticas.”⁸ Quizás en nuestro tiempo las cosas han llegado a ser más graves, pero estas cosas no son nuevas en sí mismas.

Holwerda hablaba del nihilismo y la anarquía de su tiempo, los cuales, decía, según las Escrituras solamente pueden tornarse peores. El sincretismo, el relativismo, el agnosticismo y la indiferencia, ¿no son estos los peligros que vemos en nuestra propia gente? Se han vuelto peores, al grado que incluso los maestros seculares en las escuelas públicas han comenzado, desde los 1960's, a enfatizar otra vez la “Educación en Valores Morales” (MVE). Pero el problema para el maestro secular es que conoce ninguna norma constante sobre la cual basar algún valor moral. Algunos de los maestros más valientes en MVE se inclinan hacia la compilación de una lista de “principios imperecederos,” pero otros están prontos a advertir en contra de cualquier forma de indoctrinamiento.⁹ A lo sumo el maestro se puede involucrar en un proceso de “clarificación de valores.” Generalmente el rol moral de la escuela está siendo

Relaciones Interpersonales, (mimeografiado), p. 2.

4 *La Travesía Escolar*, *El Clarín*, 9 de Agosto, 1985, Vol. 34, No. 16.

5 Discurso presentado a la Sociedad de Escuelas Secundarias Reformadas Canadienses de Smithville, Primavera 1985.

6 Vea para el impacto de la “*Doctrina de la Regeneración Supuesta*,” J. Fennema, *El Estandarte*; H. R. VanderKamp, *De Reformatie*; y el Dr. K. Runia, *Central Weekblad*.

7 Discurso de Torenvliet, *Metas y Objetivos*, p. 11.

8 B. Holwerda, *De Betekenis van Verbond en Kerk*, p. 111, Oosterbaan en Le Cointre, Goes, 1958.

9 Vea para una discusión de la MVE, *Sí, Virginia*; Kathleen M. Gow, Toronto, 1980.

cuestionado y examinado; no somos los únicos con ciertos recelos en este punto.

Quizá algún impacto de esta “educación en valores morales” también nos afecta. Si lo veo correctamente estamos batallando básicamente con dos cuestiones, no una, sino dos:

- a) ¿Qué tan lejos puede llegar la escuela en la enseñanza de valores morales?
- b) ¿Cómo hacemos para que los jóvenes “interioricen” estos valores?

Y así reflexionamos hoy sobre la relación que existe entre la educación Reformada y la ética Cristiana.

Ética y Dogmática

Debemos ser claros en nuestra terminología. Hay una diferencia, como J. Douma ha señalado, entre la ética y la moral. La moral es la totalidad de costumbres o normas adoptadas por un cierto grupo, mientras que la ética es el reflejo de esa moral. En la ética examinamos la moral existente; ¡en la ética Cristiana sujetamos tal moral a la norma única de la Palabra de Dios!

Por supuesto que entendemos que la ética nunca permanece por sí sola. Muy a menudo son enseñadas en los seminarios teológicos en conjunción con la dogmática. La ética no se encuentra en contra de la doctrina, sino que es una parte de ella, pues la vida y la doctrina no han de separarse. Menciono específicamente esto porque algunas veces hay una tendencia, que cuando se enfrenta con lo que se percibe como una ortodoxia muerta (y el desmoronamiento acompañante de la moralidad) huye del chaleco de fuerza de la doctrina hacia un pietismo más vívido. Entonces la ética puede llegar a ser algo interesante que promover. Pero lo que necesitamos es la piedad, no el pietismo. Por ejemplo, el enfatizar meramente la conversión no resolverá las cosas, como si la “conversión” fuese el vínculo faltante en nuestra teología o pedagogía.

La conexión entre la ética y la dogmática también es importante de otra manera. Antes que comencemos a aplicarles cualquier moral a los niños debemos saber algo acerca de la naturaleza de los niños. Debemos tener un claro entendimiento de la doctrina Escritural del hombre. Nuestra confesión nos enseña que todos somos concebidos en pecado – todos nacemos en pecado – que tenemos una naturaleza corrupta y que esta es totalmente *depravada*. No sería ético pasar por alto esta obvia verdad Escritural. Claro, nuestra perspectiva de los niños del pacto como habiendo nacido en el pecado, y por lo tanto como seres pecaminosos, no debiese llegar a ser una excusa para racionalizar y disculpar la conducta pecaminosa. Pero debiese hacernos más *entendidos* de la gran batalla personal y colectiva que la juventud tiene en esta actual sociedad malvada.

Empática – Crítica

¿No se les debiese decir primero a los educadores, a los maestros Reformados, “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1)? Lo que se aplica para el hombre se aplica aún más para un joven o un niño. Cuando recordamos constantemente nuestra propia debilidad, cuando conocemos de nuestra propia batalla como adultos maduros para servir al Señor de acuerdo a Su Ley, no nos desalentamos fácilmente con nuestros jóvenes a quienes debemos enseñarles. Los jóvenes tienen que aprender a ver, a entender la terrible realidad y el horrible potencial de su propia depravación (en la ética hablamos del “*secundus usus legis*,” la segunda función de la ley, a saber,

enseñarnos nuestro pecado y miseria, cf. Día del Señor N° 2), y eso no es algo que se aprenda de la noche a la mañana. Ustedes saben cuáles son las características de la adolescencia, cuán a menudo los jóvenes actúan impulsivamente, de manera precipitada y equivocada, sin darse cuenta verdaderamente de las posibles consecuencias de sus acciones. No es sin razón que David ora en el Salmo 25, “De los pecados de mi juventud y de mis rebeliones no te acuerdes...” pues ¿quién no pensará, al recordar su propia juventud, “¿Cómo es que se me ocurrió hacer tales cosas?” Los jóvenes se encuentran aún en un proceso de maduración y deben llegar a lidiar consigo mismos y con este mundo, y a menudo el tiempo de la juventud es un campo de batalla emocional. Las cosas que no son un problema para nosotros en lo absoluto, los adultos maduros, son grandes problemas para ellos. Por lo tanto, lo último que como maestros y educadores hemos de hacer es acercarnos a los jóvenes con una falta de mansedumbre o rebajándoles. El reprender a alguien no es lo mismo que rebajarles.

Si nuestra educación ha de ser ética debe ser empática. La empatía es, según el diccionario de Webster, “la proyección imaginativa de nuestra propia conciencia en otro ser.” Dicho de manera más popular, no debiésemos encumbrarnos muy por encima de la juventud, sino estar al lado de ellos, tratando de imaginar su situación, tratando de medir la profundidad de sus sentimientos. Muestran un espíritu de mansedumbre sabiendo que ustedes mismos son pecadores y que su propio sendero no ha carecido de tropezones. Empatía quiere decir la habilidad de escuchar y observar cuidadosamente antes de responder con una charla o sermón ya preparados. Si un maestro es empático, estoy seguro que esto aumentará la confianza del estudiante y promoverá la responsabilidad.

Esto es especialmente cierto para los jóvenes que reciben muy poca empatía en el hogar.

Al mismo tiempo añadí la palabra *crítica*: empático-crítico. Pues la empatía no debiese ser tomada como si significara pasar por alto o hacer caso omiso de la conducta equivocada. Hemos de ser críticos de los jóvenes, en el sentido que hemos de discernir lo que es correcto y lo que es erróneo, y también se les debe hacer entender esto a los jóvenes. No podemos condonar la conducta errónea, no importa cuánto entendamos sus razones. Para ser empáticos con la persona hemos de ser críticos de su *conducta*. Es bueno cuestionar cierta conducta o una acción específica, aplicarles la norma de la Ley de Dios, para ayudar a los jóvenes a dirigirles hacia la auto-evaluación crítica. No de una manera prepotente, sino de una manera sincera y comprensiva, criticando firmemente actitudes o conductas específicas. Entonces los jóvenes esperarán y recibirán de ustedes, tanto *entendimiento* como *orientación*.

Todos los anteriores comentarios pueden parecer superfluos, pero ciertamente tienen su lugar en esta reunión. La actitud del maestro en el aula de clases es de importancia decisiva. Si un maestro se sale constantemente del “fin principal” y es errático en su enfoque, esto se mostrará en las relaciones maestro-estudiante. Los jóvenes van a sentir muy rápidamente: este maestro no está de nuestro lado, y lo que resultará será la insolencia. A algunos maestros en realidad no les gustan los niños, y se muestra en la manera en que tratan a los estudiantes. La condescendencia es, en el mejor de los casos, su único método de aproximación. Esto se vuelve incluso más agudo cuando un maestro tiene el sentimiento de, “No importa lo que haga, los estudiantes de todas formas no responden.” Entonces lo que tiene es un maestro agotado en medio de una clase en llamas, algo que difícilmente es una combinación exitosa.

Positiva – pactal

Por lo tanto, es importante que, además de ser empática-crítica, la educación Reformada ha de ser positiva-pactal. Enfatiqué en otro momento que la educación Reformada debe ser una *educación pactal*, y ahora añado la palabra “positiva.”

Con eso quiero decir: debiésemos abordar a los niños incesantemente como si estuviesen injertados en el pacto de gracia, ¡como herederos del reino de Dios! Esa es, por así decir, su estatus y privilegio. El factor vinculante de este pacto debiese ser una realidad gozosa, no una prisión gris. No sé si siempre lo enfocamos desde este ángulo positivo. Es sorprendente como la aproximación del Señor a su pueblo Pactal es siempre de gran paciencia y compasión, como el Señor, una y otra vez, perdona a Su pueblo y les restaura, como se mantiene apelando a su posición como Su pueblo del pacto, Su tesoro, Su Novia. Algo de esto debiese mirarse en nuestra manera de educar. Debiese contener una apelación vívida y compasiva.

Es aquí donde me gustaría introducir el tema de la regeneración o conversión al cual me referí antes. Me parece que hay algo de confusión sobre el asunto. No debiésemos concluir a partir del hecho que nuestros niños están incluidos en el pacto que, como tales, son convertidos. Eso, en verdad, se acerca mucho a la teoría de la presunta regeneración. El pacto no implica la posible existencia de la conversión, sino que el pacto plantea la necesidad, y declara la promesa de la regeneración. En el bautismo, donde somos injertados públicamente en el pacto, se dice que hemos de nacer otra vez. Esa es una condición pactal. Al mismo tiempo se nos promete: la habitación interior del Espíritu quien nos impartirá, entre otras cosas, ¡la renovación *diaria* de nuestras vidas! Nuestros niños son pecaminosos; deben nacer otra vez, y la promesa de esa regeneración es una promesa pactal.

Esta promesa es cumplida específicamente por el Espíritu Santo. Él es quien hace que nuestros jóvenes, y todos nosotros, *interioricemos* la moral Cristiana. La interiorización no es resultado de un sano método psicológico responsable – y no niego en lo absoluto los méritos de la psicología – sino que es la obra distintiva del Espíritu Santo. Debo decir que en muchas publicaciones acerca de la educación Cristiana la obra del Espíritu Santo es un capítulo olvidado. Este también es el caso con la obra de N. Wolterstorff *Educando para la Acción Responsable*. Sé que el libro de Wolterstorff discute solo una fase de la pedagogía y que se basa mayormente en los descubrimientos de la psicología contemporánea. Aprecio su esfuerzo por hacer que estos descubrimientos sean útiles a la educación Cristiana, pero esa área vital de tendencia, aprender la obra del Espíritu Santo, lo mismo que el clima espiritual (la oración y la devoción) en el aula de clases, debieron haber recibido más prominencia.

Esto me trae a un punto relacionado. No debiésemos huir hacia una charla superficial sobre la necesidad de conducir a los jóvenes a la regeneración, como si esa fuera la panacea de nuestras congojas educativas. Pues el asunto de si los niños son o no son (aún) convertidos es irrelevante. Usted puede tener un niño nacido de nuevo y que sin embargo cometa una acción muy pecaminosa y horrenda, o un niño no nacido de nuevo que viva una vida aparentemente ordenada e irreprochable. Es importante que en el aula de clases usemos el medio de la regeneración que es la Palabra *de* Dios. Pienso aquí en I Pedro 1:23, “siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de *Dios*.” *Debemos* usar este medio incesantemente – la Palabra – y dejar que el Espíritu Santo fructifique esta labor. Lo esperamos de manera positiva, por el poder *de* la Palabra *de* Dios, también en el aula de clases

– por encima de cualquier técnica que pudiésemos emplear. El no ver la obra decisiva del Espíritu Santo también resulta en el hecho de no ver el lugar primordial de la Palabra en el aula de clases. Estoy contento de que Wolterstorff por ejemplo reconoce la “centralidad de la Biblia” en este sentido, pero me preocupo cuando leo la siguiente declaración, “Cierto, lo que Dios tiene que decirnos hoy no está confinado a la Biblia, pero lo que Él dice allí es la piedra fundamental, el criterio para lo que nos dice de muchos modos y maneras.”¹⁰ Me pregunto, ¿qué otros modos y maneras (aún en plural) existen?

Para regresar a un enfoque positivo-pactal debiésemos enfatizar que la regeneración es la obra del Espíritu Santo, una promesa de Dios realizada poderosamente por la Palabra de Dios, y que no solamente la regeneración inicial es importante, sino también como la Forma de Bautismo enfatiza la renovación diaria de nuestras vidas. En ese sentido no podemos decir, “Los jóvenes ya son convertidos,” pues deben ser convertidos una vez más cada día.

Debido a esta “renovación diaria,” nuestros estudiantes pueden estar, y debiesen estar, animados para comenzar de nuevo. Existen de manera especial dos palabras en el Griego que traducimos como conversión. Una significa: tener un cambio de *mente*. La otra significa: darse la vuelta. Ambos elementos necesitan ser enfatizados. La conversión es, en verdad, el tener una nueva perspectiva (Escritural) de las cosas y concretamente romper con males específicos. La conversión nunca es “vaga,” sino que se dirige siempre hacia pecados concretos. De manera que la conversión es: dejar que la Palabra tengan control sobre usted. Cada día un nuevo comienzo. Los jóvenes necesitan ser alentados de esta manera. Necesitan saber de la compasión y de la fidelidad del Señor, quien sabe que son propensos a tropezar (Salmo 103). Los adolescentes, especialmente, tienen muchos conflictos internos, batallando con su propia personalidad en desarrollo, y algunas veces tiene una muy baja auto-estima. Por lo tanto se requieren mucha seguridad y refuerzo positivos. Cuando hablamos de la necesidad de regeneración, nunca debiese usarse como una amenaza (“¡Más vale que te conviertas, chico, porque si no...!”), sino que debiese tratarse como una promesa pactal maravillosa por la cual podemos orar diariamente. Eso es lo que quiero dar a entender con la frase positivo-pactal. Entonces no nos desalentamos fácilmente como educadores cuando parece que se requiere mucha paciencia para dejar que los jóvenes maduren. Sucede – gloria al Señor – que los jóvenes que han tenido una adolescencia muy difícil maduran hasta llegar a convertirse en Cristianos fieles, refinados por sus pruebas.

Orientada a la Iglesia

Aquí es donde debiese existir una línea muy clara desde la escuela hacia la *iglesia*. El propósito de la educación Reformada también es hacer que los estudiantes estén orientados hacia la iglesia. Quizá algunos de ustedes puedan pensar que debería decir: centrados en Cristo. Claro que quiero decir eso, pero incluyo a propósito a la iglesia en el cuadro. Pues encuentro que mucha literatura educacional enfatiza, a costa de un sólido concepto de la iglesia, que debiésemos estar *orientados al reino* y enseñarles a los jóvenes a ser ciudadanos responsables del Reino, el *civitas Dei*.¹¹ Mientras tanto la iglesia a menudo relegada a una comunidad menor de denominaciones, aparte incluso de la pregunta de si se emplea un concepto correcto del “Reino.” Me pregunto si con respecto a la iglesia, no somos a menudo

10 N. Wolterstorff, *Educando para la Acción Responsable*, p. 12.

11 Como por ejemplo Wolterstorff (siguiendo a Jellema) en un discurso titulado, “¿Dónde nos Encontramos Ahora en la Filosofía de la Educación Cristiana?”

imprecisos y de este modo causamos confusión entre nuestros propios jóvenes. ¿Entienden realmente lo que significa ser *Reformado*? ¿Se enorgullecen de ser miembros de las Iglesias Reformadas Canadienses?

No quiero dar a entender que debiésemos fomentar algún tipo sectario de complejo de superioridad, pero ciertamente debiésemos conservar la riqueza de ser Reformados y el privilegio de pertenecer a una iglesia verdaderamente Reformada. Esto también es un asunto de obediencia a la Ley revelada de Dios, un asunto de sana moralidad y deberíamos fomentar el amor por la iglesia impulsando a nuestros jóvenes hacia una membresía viva. Después de todo, la escuela es solamente una tutora, la iglesia es *mater* (madre), y el corazón del Reino se encuentra en la iglesia (Día del Señor N° 48).

¿Estoy lejos de la verdad cuando concluyo que muchos de nuestros jóvenes son algo hostiles para con la iglesia? En qué medida se da esto es quizá un resultado de las actitudes de los padres y - ¿puedo decir, de los maestros? He escuchado decir en una reunión pública que la iglesia no ha de hacer mejores miembros de la iglesia, sino mejores ciudadanos del país. A mi entender esto plantea un dilema erróneo y poco saludable. Existe un vínculo de tal clase entre la iglesia y la escuela que una escuela no debiese titubear en fomentar una membresía viva en la iglesia, y solo de esta manera es que podemos hacer mejores ciudadanos de nuestro país. El “tutor” siempre guiará hacia la “madre.” Vamos a la escuela solo por algún tiempo, pero somos miembros de la Iglesia de Cristo toda nuestra vida.

Consciente de las Normas

La ética también incluye la reflexión de qué es lo normativo. Debemos confrontar a los estudiantes no con nuestras propias opiniones (no importa cuán notables puedan ser estas), sino con las normas reveladas de Dios, Su Ley de amor. Así que la Ley también es normativa para los maestros en el aula de clases. Pienso aquí específicamente en el quinto mandamiento, “Honra a tu padre y a tu madre...” El maestro debe respetar el entorno familiar del niño. Usted no va a reemplazar a los padres pues la escuela tiene su propio lugar además del hogar. Es totalmente erróneo que cualquier maestro muestre desdén por la situación del hogar o por los valores paternos. Los niños en la escuela no deben ser puestos en contra de sus padres, y el maestro debiese tratar de mostrar respeto por los valores paternos (aún si personalmente está en desacuerdo con tales valores). Se ha sugerido que todos los padres sean visitados una vez al año por los maestros, para que los padres estén informados de las atrocidades cometidas por sus hijos, pero ¿no estamos aquí a establecer un tipo de visitación al hogar que trasciende la responsabilidad de la escuela? Las visitas pueden ser necesarias en casos específicos, y el contacto entre los maestros y los padres es algo bueno, pero no debiésemos quitarles a los padres su honor paterno o convertir la sala en un aula de clases. Holwerda ha escrito esto con respecto al oficio de los padres, “... el Espíritu Santo le ha dado este oficio solamente a los padres, y por lo tanto no puede ser transferido o quitado.” El maestro debe reconocer siempre el oficio de los padres y mostrar en su presentación respeto por los padres. No estoy seguro si esto se da siempre de una manera tan clara como debiera, especialmente en comunidades donde todos (piensa él) se conocen entre sí muy bien. La escuela enseña normas, pero no debiese llegar a ser un instituto moralista.

La educación Reformada hará que los estudiantes sean conscientes de las normas y les hará conscientes de lo que la Palabra de Dios pide de ellos – y de todos nosotros – en situaciones

concretas. Para hacer esto la Biblia debe ser un *Libro* abierto en el aula de clases. Se debiese poner más énfasis en la enseñanza de los Diez Mandamientos desde la perspectiva del amor Cristiano. Se debe poner más énfasis en la enseñanza de la responsabilidad ante Dios primero, y también para con el prójimo. Quisiera preguntarles, “¿Cuándo introduce usted, de manera consciente, un mandamiento en la lección con el propósito de hacer que los estudiantes sean conscientes de la norma *Bíblica*, y para mostrar como la Ley de Dios forma un todo, sana la vida y que es tan verdaderamente una Ley de libertad?” ¿Cuán a menudo tratamos de mostrar la belleza de la Ley, de inculcar en nuestros estudiantes el refrán, “Oh, cuánto amo yo tu Ley!”? El tono del Salmo 119 – la Ley no es opresiva sino que levanta el ánimo – debiese impregnar nuestras lecciones.

En cuanto a esto me gustaría enfatizar la idea de la responsabilidad. Douma habla de la “acción responsable.” Existe una triste contradicción de términos que es comúnmente aceptada, a saber, que la gente dice y cree, “es tu propia responsabilidad.” Eso es ridículo, por decir no decir más. Uno nunca puede ser responsable ante uno mismo, solo ante otro, a saber, ¡ante Dios y el prójimo! La idea misma de “responder” implica otra parte. Es este sentido de la responsabilidad el que debiésemos intentar inculcar en los estudiantes a través de la enseñanza cuidadosa y planificada. Solo esto puede romper el egoísmo egocéntrico de nuestra época actual.

En realidad usted no puede más que hacer que los estudiantes sean conscientes de las normas, porque el joven debe comenzar a vivir, no solo de acuerdo a algunos sino a todos los mandamientos de Dios. Deben forjar el comienzo de una nueva obediencia por el poder de la Palabra de Dios y Su Espíritu, mientras les hace conscientes de estas normas divinas.

Y entonces debemos ser cuidadosos, especialmente en la escuela, de que en verdad nos apeguemos a las normas. La ética Cristiana no quiere decir un *estilo de vida estandarizado*, o una distribución de uniformes. No imparta charlas estandarizadas sobre asuntos específicos con los que pueda sentirse fuertemente motivados, sino que vaya a las Escrituras para presentar las normas allí dadas. De otra manera nuestra enseñanza no es moral; será una farsa.

J. Douma, siguiendo los pasos de K. Schilder, nos ha advertido en contra del Biblicismo, o de los ejemplos erróneos, en el que la Biblia se convierte en un libro de reglas para respuestas rápidas y fáciles a todas las cuestiones morales. La Biblia – como Douma señala – es una lámpara y arroja luz, pero aún debemos usar nuestro corazón, alma, entendimiento y fuerza de una manera apropiada. En verdad confesamos la claridad de las Escrituras, pero eso no quiere decir que la Biblia nos da una solución fácil para cada problema que encontramos en la vida. Debemos crecer hacia las soluciones en las muy variadas situaciones complejas que enfrentamos. Debemos usar las Escrituras de una manera legítima, debemos también trabajar, pensar y crecer juntos en el compañerismo de la iglesia en los asuntos morales y no entrar en una atmósfera de “legalismo uniforme o de una moralidad fija.”

Puse entre comillas las palabras anteriores, no para dar lugar a la conducta pecaminosa, sino para instarnos a todos a estar ocupados con las normas Escriturales y su significado para los asuntos morales de hoy que impactan profundamente a nuestra juventud. El hacer que nuestros jóvenes sean conscientes a las normas quiere decir no darles todas las respuestas, sino darles las herramientas correctas para que comiencen a discernir, a partir de la Palabra de Dios, lo que es bueno y agradable a la vista del Señor. Entonces no trabajamos junto a la Palabra, sino

con la Palabra.

¿Existe entonces una moralidad Cristiana específica, un estilo de vida Reformado que la escuela debiese promover? Sí, en verdad, pero no ha de encontrarse en una lista de “haz esto” y “no hagas aquello”; no es solo un asunto de forma externa. Los Cristianos no son mejores que otros, pero ciertamente están llamados a ser *diferentes*. Tenemos una motivación diferente, pues conocemos a Cristo, nuestro Salvador. “Pensamos” de manera diferente, a saber, “espiritualmente.” Tenemos una perspectiva diferente de la vida, expectativas diferentes, y por lo tanto, un estilo de vida diferente. Solo por la renovación interna se expresa exteriormente la obediencia que es agradable a Dios. Entonces nuestra religión no es formal, aún cuando ésta use muchas formas. A los jóvenes se les ha de enseñar esta diferencia por la gracia soberana de Dios, a apreciarla, y a seguir a Jesucristo de esta manera. Éticamente hablando un buen eslogan para la educación Reformada es la propia palabra de Cristo a Sus discípulos, “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24). ¡La auto-negación y el llevar la cruz deben ser asuntos claves en un aula de clases Reformada!

Y ciertos asuntos están más allá de discusión para todos los Cristianos – y los jóvenes lo saben también – pues la moralidad Cristiana no ha cambiado mucho a lo largo de los siglos. La vida Cristiana – moldeada por la Palabra, es una vida de acción de gracias, adoración y oración. La vida Cristiana es una vida de sobriedad en la mayordomía, pureza de lenguaje y *diakonía* – servicio a los otros. Un Cristiano puede apreciar todos los dones de Dios dentro de los confines establecidos por Dios mismo en Su Ley. Es un reto maravilloso hacer que los estudiantes sean conscientes de estas cosas todos los días una y otra vez.

Dirigida a la Madurez

¿Dónde nos extraviamos? La pregunta puede ser – al menos para esta convención - ¿en realidad nos extraviamos? Todos tropezamos, especialmente en la enseñanza. En la carta de Santiago podemos leer, “No os hagáis maestros muchos de vosotros...” No es una tarea fácil, pero ¿no tratamos de hacer que los jóvenes sean conscientes de estas normas, de la vida nueva y diferente del Cristiano?

Entonces, admitámoslo: una ciudad no se construye de la noche a la mañana. Los jóvenes deben crecer. Nuestra educación Reformada debe fomentar ese crecimiento y dirigirse hacia la madurez. Conduzca a los estudiantes a un discernimiento responsable de lo que es correcto y de lo que es erróneo. Ustedes no pueden vivir sus vidas; debéis darles las herramientas para que vivan sus propias vidas.

Madurez es una palabra Bíblica. También se ha abierto paso hacia la terminología pedagógica – maduración. Es una palabra casi tan agradable como “interiorización.” Madurez significa: haber alcanzado una meta. En realidad quiere decir: llegar a ser perfecto. Y ya sabemos que no alcanzamos la perfección en esta vida; sigue siendo un pequeño principio. Pero podemos trabajar hacia la madurez – para ya no ser más, como los niños, movidos de un lado a otro. Debemos desarrollar un estilo de vida Cristiano positivo que emane de una corazón y de una mente Cristiana para la gloria de Dios.

Se necesita tiempo para madurar. Así es como sucede con el vino de calidad. También es así

con los hijos del pacto. Se requiere paciencia para dejar que alguien madure. Se requiere mucho amor desinteresado para ser un buen maestro, un tutor que dirige al niño a su madre, la Jerusalén de arriba. Les aliento a seguir adelante tal y como lo están haciendo. No se desanimen cuando no vean crecimiento o vean un crecimiento lento. Pues Dios hará que Su Palabra fructifique también a través de vuestra obra. Esa es su certidumbre en el aula de clases donde el Libro está abierto.

Es bueno reflexionar en nuestros problemas y en nuestras preocupaciones. Es sano ser conscientes de nuestras deficiencias y limitaciones. Señor, de los pecados de la juventud – y de los maestros, no te acuerdes. Pero también debemos ver el progreso, contar las bendiciones. Por encima de todo, debemos, como maestros Reformados, creer en el Espíritu Santo – el Dios soberano – quien dirige a los niños a la madurez de la fe a pesar de su propia pecaminosidad. Creed en Cristo quien está preparando a Su Novia para la perfección, para la madurez en Su gloria.

Y si puedo darles – además de mi gran aprecio por vuestro trabajo – un lema para un enfoque Cristiano siempre fresco y humilde, es la Palabra de Gálatas 6 aplicada ahora al aula de clases, “Vosotros que sois espirituales restaurad a los jóvenes en un espíritu de humildad.” Y el Espíritu Santo, el gran Interiorizador, dirigirá a los hijos de Dios a la plena madurez.

C. L. STAM